

IBEROAMERICA NO
SERA LA MISMA
SIN OMAR TORRIJOS

MURIO UN SIMBOLO



PANAMA. (PUEBLO, agencias.)—Los cadáveres del general Omar Torrijos y de las seis personas que viajaban con él, cuando su avión se estrelló en el centro del país, fueron rescatados de la ladera del cerro Juan Julio, y traídos a la capital, a la que empiezan a llegar misiones extranjeras.

Comandos de la compañía Machos de Monte avanzaron por la selva de la zona montañosa del accidente, en la provincia de Cocle, y llegaron al lugar donde estaban dispersos los restos del bimotor, de fabricación canadiense y los cadáveres del líder del régimen panameño, del capitán piloto Azael Adamas, de una odontóloga y cuatro militares.

Entretanto, se anuncia la inminente llegada de misiones extranjeras de todos los puntos del planeta. El secretario general de la OEA, Alejandro Orfila, y el ex presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, amigos ambos de Torrijos, confirmaron ya sus viajes a Panamá. Se espera también al Presidente colombiano, Julio César Turbay, al ex presidente de ese mismo país Alfonso López, y a jefes de Estado y políticos de otros países vecinos.

Estados Unidos, la Internacional Socialista, países asiáticos, europeos y africanos, y organismos regionales e internacionales anunciaron que vendrán misiones especialmente nombradas.

La calma reina en el país, aunque los comentarios de la Prensa y los principales dirigentes políticos, de Gobierno y oposición, hablan del «vacío político» que produce la muerte de quien orientaba y dirigía el régimen establecido después del golpe militar que derrocó, en octubre de 1968, al presidente populista Arnulfo Arias.

TENIA cincuenta y dos años y, según su amigo el escritor Gabriel García Márquez, era «un híbrido de mula y tigre, con la torquedad de la primera y la astucia certera del segundo». Se murió un viernes agonizando julio, a los cincuenta y dos años de edad, sin recibir sacramentos de nadie, volando entre Penonome y Cocleito, como mueren los hombres: con las botas puestas. Se llamaba Omar Torrijos Herrera, le gustaban los cigarrillos puros, la juerga y las hembras de bandera. Y dicen que tenía redañas.

Había nacido, allá por el 29, en Santiago de Veraguas, octavo de los doce hijos de una pareja de maestros de origen colombiano. Estudió la cosa bélica en El Salvador, pues por aquellas fechas —igual que ahora— no existían academias militares en Panamá, y todos los oficiales de este país procedían de escuelas castrenses extranjeras. En 1952, el subteniente Torrijos ingresó en la Guardia Nacional panameña. Dieciséis años más tarde, en 1968, era ya teniente coronel cuando sus compañeros de armas le dieron un «cuartelazo» —el tercero— al presidente populista Arnulfo Arias Madrid. Tras una época de dimes y diretes entre las jerarquías militares, Torrijos se vio elevado hasta la cúspide de la situación. Una asamblea constituyente le terminó por nombrarlo, en 1972, «líder máximo de la Revolución», acompañando el nombramiento con unos plenos poderes para dirigir la política del país, hacia dentro y hacia fuera. No era mala carrera, la del octavo hijo del maestro rural.

EL CANAL

El tema que «lanzó» a Torrijos y puso su nombre a la altura de los más importantes líderes políticos iberoamericanos fue, sin lugar a dudas, el del canal de Panamá. Decidido a que la soberanía sobre esa vía de agua fuese a parar al pueblo panameño, que es su legítimo propietario, Torrijos se embarcó en una dura pugna diplomática que, si bien lo convirtió en uno de los hombres más odiados del momento para la chauvinista opinión pública USA, consiguió finalmente eliminar la cláusula del tratado sobre el

canal, que concedía a los yanquis derechos a perpetuidad sobre el istmo.

Torrijos había hecho de la revisión de los leoninos acuerdos que en otro tiempo fueron impuestos por los gringos, la razón de ser de su actividad política. La negociación fue difícil, prefirió de halagos, de zancadillas, de amenazas. Llegaron a correr rumores de que algunos hombres de negocios yanquis estaban dispuestos a financiar una operación para liquidar a aquel atrevido sudaca que osaba amenazar los sacrosantos intereses washingtonianos en América Central... Testarudo como un perro de presa, como aquel «mulo» del que hablaba García Márquez, y listo como el hambre, Torrijos capeó los temporales y terminó por llevarse el gato al canal. En septiembre de 1977, Jimmy Carter —el cacahuetero blando que fue sustituido por un «cow-boy» duro— se sentaba a la misma mesa que el panameño para echar unas firmas en unos papeletos que contenían los nuevos tratados, en presencia de casi todos los jefes de Estado del continente.

Una vez ratificados los nuevos acuerdos sobre el canal —por blebisco en Panamá y por el Senado en USA—, Omar Torrijos decidió que había llegado el momento de que el país tuviese un respiro democrático. Así que mientras él se replegaba políticamente la Guardia Nacional lo hacía en lo físico hacia los cuarteles de los que salió para zumbarse la badana al derrocado don Arnulfo, cuando el «cuartelazo» del 68. Y para demostrar que la cosa iba en serio, se permitió el regreso a los exilados, se legalizó a los partidos políticos —proscritos desde el golpe— y se permitió la participación activa de estos en las elecciones legislativas parciales de 1980.

AIRES LIBERALES

Aires liberales soplaban por Panamá y al mismo tiempo su lucha por recobrar la soberanía del canal le había granjeado la estima y el respeto de la mayor parte de los países iberoamericanos. Torrijos siguió ostentando el ideario del régimen, pero decidiendo cada vez más a los temas de política exte-

rior, dejando los nacionales, los de la política cotidiana, a sus colaboradores. La «imagen de marca» exterior que mantenía le convirtió en árbitro y consejero de numerosas asuntos vitales de las relaciones exteriores panameñas, de las que el más destacado vino a ser el apoyo prestado a los sandinistas en 1977 y 1979 para derrocar el régimen de Anastasio Somoza en Nicaragua. Fue el creador de la llamada «di-

◆ El líder panameño ejercía una influencia carismática sobre la izquierda del continente

◆ Tras dura batalla diplomática, recobró para su país la soberanía sobre el canal venciendo al coloso estadounidense

plomacia telefónica» en Iberoamérica: desde Bogotá, marcaba un número y se echaba largas parrandas con otros mandatarios del continente para pedir apoyo en la época del canal o para proporcionarlo en otras ocasiones. Algo que le fastidiaba con frecuencia era el protocolo inherente a su cargo, así que en cuanto pudo dejó la cosa en manos de sus subordinados. Pero no fue únicamente el protocolo, sino que también terminó por desprenderse de la presidencia, escogiendo como candidato para su sucesión al actual mandatario, Aristides Royo, que había sido su ministro de Educación ya con un nuevo comandante en jefe, el coronel Florencio Flores. Cierto

sobre los destinos panameños, se reservó un único cargo: el de comandante en jefe de la Guardia Nacional.

Con su muerte —ese maldito avión entre Penonome y Cocleito—, Panamá se ve enfrentada al problema de que no hay en el país ninguna figura política con talla suficiente para llenar el gran hueco que tras de él deja el general. Cierto que las instituciones nacionales siguen funcionando. Cierto que ocupa la Presidencia de la República un hombre como Aristides Royo, que aprendió el oficio en una buena escuela. Cierto que la Guardia Nacional cuenta ya con un nuevo comandante en jefe, el coronel Florencio Flores. Cierto

que el Partido Revolucionario Democrático, promovido por Torrijos, sigue gobernando en Panamá... Sin embargo, Omar Torrijos ya no está allí para persuadir, camelar, tirar de las orejas, inspirar y, sobre todo, servir de símbolo vivo. Los empresarios, los hombres de negocios panameños, van a toner que verselas ahora con unos sindicatos más enduccionados; la oposición política, extremadamente cauta con el general, ya está pidiendo un programa constituyente que establezca un nuevo sistema de Gobierno, que «descanse en instituciones sólidas y democráticas». Y es ahora, también, cuando los derechistas que tantas veces calificaron de «rojo» a Torrijos, van a enterarse de lo que vale un peine, cuando ven alzar el gallo a sindicalistas, universitarios, comunistas y demás, hasta ahora sabidamente «domesticados» por el general, al comprometerse, directa o indirectamente, en las tareas gubernamentales.

MULA Y TIGRE

Con Omar Torrijos se ha estrellado ese híbrido de mula y tigre panameño, que decía su «tronco» García Márquez, mezcla de nacionalista pragmático, idealista convencido y antimperialista moderado, que se metió en el bolsillo a tanta gente, le mojó la oreja a los gringos de los Estados Unidos de América, recuperando la soberanía de 1.442 kilómetros de Panamá de manos yanquis. Un militar iberoamericano que dio su cuartelazo, como es de rigor, pero que lo dio sin derramar sangre. Un dictador que no toleró «escuadrones de la muerte» y resistió la tentación de convertirse en el «gorilla» que retrató aquel amigo suyo que escribe libros. Un militar-político que supo retirarse a tiempo, dejando la presidencia para volver con sus milicos, pero sin perder, de vista el cotarro. Un general que ejercía un poder carismático sobre la izquierda de toda Iberoamérica, que intentaba «desalinear» al movimiento de los no alineados y a quien Fidel Castro acaba de calificar, mientras decía en tres días de luto oficial en Cuba, como «distinguido combatiente e ilustre amigo». Un hombre desconcertante que da asilo al sha de Irán en el exilio, intercede por Isabella Perón, acoge a los comandantes guerrilleros izquierdistas centroamericanos...

Arturo
PEREZ-VERTE



UN GENERAL CANALERO

IBA para coronel bananero y acabó siendo general canalero. Quizá por lo primero, y seguro por lo segundo, fue un entrañable de Gabriel García Márquez y de todos quienes, conociéndole poco o mucho, creíamos que Panamá se había sacado la lotería con aquel militarote rubiasco, eterno fumador de tabacos, sempiterno bebedor de whisky con mucho hielo y mucha agua de burbujas y panameño hasta las cachas, como para perder, si hubiera llegado el caso, la vida por recuperar el canal. Apostó fuerte, y ganó, cuando suscribió con Carter, en Washington, el tratado por el cual el canal —más símbolo que realidad del tráfico marítimo actual— volvió a ser Panamá. «El menos peor que hemos podido firmar», decía Torrijos.

Le recuerdo en la firma del Acta de Contadora, cuando en la hora del ubricán llegaron a la isla del Pacífico las suripantanas más potables de la República istmica para alegrar la noche de los presidentes y las de sus séquitos.

Resucito su imagen en enero de 1976 y en Roldanillo, pueblo del valle del Cauca (Colombia), junto al atildado

López Michelsen, inaugurando las obras de un barrio que lleva el nombre del padre de este general canalero o coronel bananero —como lo preferían—, porque Torrijos padre era de Roldanillo y allí había ejercido como maestro de escuela. Cuando más apretaba el calor y el acto alcanzaba su cenit, Torrijos, que vestía uniforme de fatiga de la Guardia Nacional, se desprendió del cintillo la cantimplora de ordenanza y se la pasó a López Michelsen, que sudaba a chorro abierto, metido dentro de un impecable vestido, hecho por su sastro de Harrow, de seda salvaje cruda.

En mis oídos sigue viva la frase que me largó a guisa de despedida la tarde de la partida del avión real que devolvió a Madrid al Rey Juan Carlos, en septiembre del 77: «Chico, los españoles tenéis un Rey que vale en oro más que lo que pesa». Rafael Gómez Jordana, entonces embajador de España en Panamá, cerraba el círculo aquella jornada.

BETHENCOURT

